

ra, que después de la muerte de Héctor había acudido á auxiliar á los troyanos contra los griegos, y fué muerto por Aquiles.

Memnón, á fuer de buen hijo, saludaba á su madre la Aurora con voz armoniosa y pura. A mediados del siglo II de nuestra Era, el emperador Adriano y la emperatriz Sabina, fueron al Alto Egipto para oír la canción milagrosa. La popularidad siempre creciente, inspiró á los dueños del mundo el deseo de devolver á la imagen su integridad. En tiempo de Septimio Severo fué restaurada, pero, contra lo que se esperaba, volvió á caerse.

El advenimiento y proezas de la dinastía XVIII no sólo habían valido á Tebas la supremacía sobre todo Egipto, sino que aseguraron al dios tebano Amón, la preeminencia sobre los de otras ciudades. Amón, recibía parte considerable de los despojos recogidos en el campo de batalla, de los tributos arrancados al enemigo, de los prisioneros condenados á la esclavitud. Estas riquezas, aumentadas regularmente de generación en generación, habían convertido al gran sacerdote en un personaje casi tan importante como el Faraón, y podía decirse que sólo en su obsequio habían emprendido los egipcios la conquista de Asia. Crecía su poder espiritual al compás del poder material. Viendo al rey de Tebas recoger los homenajes de la tierra, llegaron á creer los sacerdotes que Amón tenía derecho á los del cielo, y que era el dios real, superior á todos los demás. Dedujeron de los textos antiguos, en los cuales estaba en germen, el dogma de la unidad divina, y quisieron imponerlo al resto del país. Amón, el dios victorioso siempre y en todas partes, era el dios único. Desagrado á los reyes este desarrollo de la ambición sacerdotal, y decidieron prevenirse contra las tentativas de usurpación que podía ocultar.

Ya Thutmosis IV había vuelto á poner en vigor el antiguo culto de Harmakhuiti (el sol en los dos horizontes), y desenterrado la esfinge de Giseh. Amenotnes III llevó á Tebas



Cabeza de Amenotnes III.

la religión de Atonu y su hijo Amenotnes IV fué más audaz y, para acabar pronto con el dios tebano quitó á Tebas la capitalidad del imperio que allí residía desde veinte siglos antes, imponiendo á sus súbditos una capital nueva, cuyo patrono substituyera á Amón como dios supremo. Los sacerdotes tebanos llenaron de maldiciones á aquel rey, y los historiadores modernos se han ensañado también con él, juzgándole como fanático exaltado. Otros le llaman loco, y algunos dicen que era un eunuco. De su madre Tii se ha dicho que era extranjera, semita ó libia, y que su devoción á Atonu, dios de su tribu, contribuyó mucho á que Amenotnes quisiera imponer aquel dios supremo á los egipcios. La verdad es que Tii era egipcia, y no pertenecía á la raza real, sino á una familia particular. Quizá, si conociéramos su historia, nos parecería un episodio de novela: la eterna novela del rey casándose con la pastora. Amenotnes IV subió al trono, empezando por acometer suavemente la reforma política y religiosa que meditaba. Manifestando su preferencia por Atonu, siguió rindiendo homenaje á su padre Amenotnes y al dios Amón de Karnak. Pero pronto le disgustó Tebas, la dejó, se retiró al Egipto Medio y construyó á la orilla derecha de un río, una ciudad que en nada le recordara al sacerdocio tebano. Amenotnes IV, proclamó á Atonu dios de la capital, á la cual dió el nombre de Khutnatonu (horizonte del disco), y convirtió su propio nombre, profesión de fe en honor de Amón, en el de Khumiatonu (esplendor del disco solar). La ciudad, rápidamente edificada, pronto fué grande y suntuosa, y durante algunos años, Tebas y Memfis figuraron á su lado como ciudades de segunda clase.

La religión de Atonu era una variante de las religiones de Ra; probablemente la más antigua de éstas. El disco solar no era sólo el cuerpo resplandeciente y sensible de la divinidad, sino el mismo dios. Los grandes sacerdotes de Khutnatonu tomaron el título de grandes sacerdotes de Ra, y su culto imitó al de éste, en Heliópolis. Se le representaba en forma de disco, cuyos rayos bajan hacia la tierra, llevando cada uno en la punta una mano con alas, símbolo de vida. Atonu no era una divinidad exclusiva. Proscribía la religión de Amón, que había sido su rival, pero res-

petaba á los demás dioses como Ra, Harmakhis, Horo, Osiris, Mait, fueran solares ó no. El Faraón Khuniatonu, á pesar de sus preocupaciones religiosas, no dejó de conquistar y edificar. Levantó un templo de su dios en Memfis, otro en Tebas, otros en Etiopía. Su reinado duró doce años, y sus yernos, que uno tras otro le sucedieron, practicaron la religión del disco solar. Ai, el más conocido de ellos, suspendió las persecuciones contra Amón. Abandonó la ciudad de Khutnatonu, donde se había preparado un sepulcro, y se mandó enterrar en Tebas, junto á Amenotnes III. Su sucesor Tutankhamonu era dueño de todo Egipto, y recibió públicamente el homenaje de pueblos extranjeros, pero, muerto él, estalló la guerra civil. Príncipes efímeros, cuyos nombres no conserva la historia, se disputaron el trono durante algunos años, y la dinastía XVIII se extinguió entre el desorden, sin que sepamos cuál fué su último rey.

#### Dinastía XIX. Setui I y Ramsés II.

La tentativa de Amenotnes IV se había dirigido contra Tebas y su dios. La reacción les fué favorable á éstos. Harmhabi (Armais) cuyo origen desconocemos, restableció en todo su esplendor el culto de Amón, arrasó el templo de Atonu y empleó sus materiales en erigir las puertas triunfales que conducen al santuario de Karnak. El nuevo rey tuvo que hacer mucho para reparar los desastres de los años anteriores. En lo interior, todo el mecanismo gubernamental estaba desmontado y no servía. En el exterior, los pueblos vasallos se negaban á pagar el tributo. Sabemos que en tiempo de Amenotnes IV se había perdido, ó poco menos, el imperio asiático de Egipto. Las naciones de Fenicia y Siria Central se habían sublevado, aprovechando las discordias religiosas de Egipto, y valiéndose los khatis de su rebelión, habían arrancado á los egipcios toda la Siria septentrional. Harmhabi suprimió el bandolerismo, impuso pena de muerte á los empleados prevaricadores, devolvió á los templos los bienes que les habían arrebatado, y pronto fué poderoso, lo bastante para emprender guerras exteriores. Reanudó las relaciones con el lejano Puanit, atacó á las tribus del Alto Nilo, y se jactó de haber sometido las mismas poblaciones sirias combatidas

por Thutmosis III. No tenemos datos fijos de estas proezas, pero el aspecto de sus numerosos monumentos denota un reinado largo, glorioso y próspero. No se sabe cuándo empuñó el cetro Ramsés I, ni qué parentesco tenía con su antecesor. Llegó á reinar en edad muy avanzada, después de haber servido á Ai y á Harmhabi, y dirigió una expedición contra Etiopía y otra contra los sirios, terminada por un tratado con los khati. Murió á los dos ó tres años de esto, y le sucedió su hijo Setui, llamado Setosis por los griegos.

Desde el principio se mostró Setui conquistador. Supo que los shasu habían tramado una rebelión y que los jefes de sus tribus, reunidos en la región de Karu, andaban enredados en luchas intestinas, y franqueó el canal, límite de Egipto, dirigiéndose derecho á Oriente. Por donde quiera que los enemigos le hicieron frente, los dispersó, talando arboledas y cosechas. El fuerte de Pakanana que ocupaba hermosa posición, cerca de un lago, en los montes Amoneos, defendía la entrada de un distrito de los más ricos de la Siria Meridional. Cayó el fuerte al primer asalto, y todo el valle cuya entrada defendía, fué devastado por los egipcios. Setui, subiendo hacia el Norte, llegó al pie del Líbano, donde obligó á los labnous á cortar los árboles, y á mandarlos á Egipto, para las construcciones empezadas en honor de Amón. Desde allí fué al valle del Orantes, para combatir con los khati, y una victoria que ganó á estos enemigos tradicionales terminó, afortunadamente, su primera campaña. Su regreso fué una fiesta perpetua desde la frontera, donde nobles y sacerdotes le recibieron con aclamaciones, hasta Tebas, donde ofreció los prisioneros á su padre Amón. Creyó Egipto que volvía á los hermosos tiempos de los Thutmosis y los Amenotnes. Por desgracia estos triunfos tenían más apariencia que realidad. El estado de Asia había cambiado en un siglo. La Siria meridional, abrumada por el paso de los ejércitos, había abandonado toda idea de resistencia encarnizada, y se entregaba casi sin combate. Creían los fenicios que un tributo voluntario costaba menos que una guerra con los Faraones y se consolaban de la pérdida de su libertad, monopolizando el comercio marítimo del Delta. Pero al Norte, los khati eran más formidables que nunca. Completamente libres mientras duraron los Faraones heréticos, y curados del temor de una invasión

egipcia, no sólo habían extendido su supremacía sobre todo el Nahranna, sino que habían pasado el Tauros, adelantando bastante en el Asia Menor. No se sabe hasta dónde llegaba su dominación, pero parece que no pasaba del país de Kodi, es decir, de la llanura cilicia y de la Kataonia.

Entraron en relaciones directas con los pueblos que habitaban en las regiones central y occidental de la península, licios, misios, dardanos y habitantes de Ilión y Pedasos. Aliados con unos, y reclutando mercenarios en otros, podían reunir fuerzas capaces de hacer frente á Egipto, y de arrancarle ó disputarle la victoria. Bien lo vió Setui cuando los atacó. Poco trabajo le costó tomar á Kodsu, y la mayor parte de las poblaciones amorreas del Orontes, pero la tenacidad de los khatis, siempre dispuestos á volver á la lucha, á pesar de ser derrotados, pudo más que la paciencia del egipcio. Renunció, pues, el Faraón á las armas, y formó con el rey Murasar, hijo de Supalul, una alianza que duró hasta su muerte. Desde entonces, la autoridad faraónica no rebasó los frentes del Litany y del Orontes: contraída á la Siria del Sur y á Fenicia, ganó en solidez lo perdido en extensión. Parece que Setui I, en vez de exigir un sencillo tributo, impuso á los distritos anexionados gobernadores de raza egipcia, é instaló guarniciones permanentes en algunas plazas como Gaza y Mageddo. Precaución era aquélla excelente, pero si se compara su imperio con el de Thutmosis III, se observará que era Egipto más fuerte en tiempos de la dinastía XVIII. Los Faraones de ésta nunca habían considerado como iguales suyos á los régulos sirios: creíanlos enemigos á quienes había que vencer, ó rebeldes dignos de castigo. La cancillería de Setui I conservó la costumbre de dirigir á los reyes de Khati los epítetos despreciativos que les prodigaba Thutmosis III, pero esto no era más que fraseología oficial, como los títulos de «vencedor de bárbaros y dueño del mundo», que aplicaba al soberano.

No puede negarse que el reinado de Setui I constituyó una época brillante y en ella se erigieron el templo funerario de Abidos, la sala hipostila de Karnak y la tumba del rey. Setui fué ayudado en esta obra por su hijo Ramsés. En vida de su padre, se había casado Setui con una princesa de la antigua familia real, borrando así la usurpación cometida

por Ramsés I. El hijo nacido de esta unión llamado Ramsés, heredó los derechos de su madre y fué considerado por todos los egipcios como legítimo soberano. Su padre le asoció al trono cuando era niño, indudablemente para evitar la revolución. Al principio no pareció esto más que una ficción legal, y durante la primera parte de su existencia no fué Ramsés ni rey ni príncipe heredero, ocupando un lugar intermedio entre ambas condiciones. Soberano reconocido de ambos Egiptos, poseía en principio todas las insignias y prerrogativas de su cargo, pero no llevaba aquéllos ni ejercía éstas.



Cabeza de la momia de Setui I.

Teniendo diez años hizo la guerra en Siria y según los historiadores griegos, en Arabia. Experimentado en la costumbre del mando militar, empezó á reclamar parte activa en el gobierno interior de los

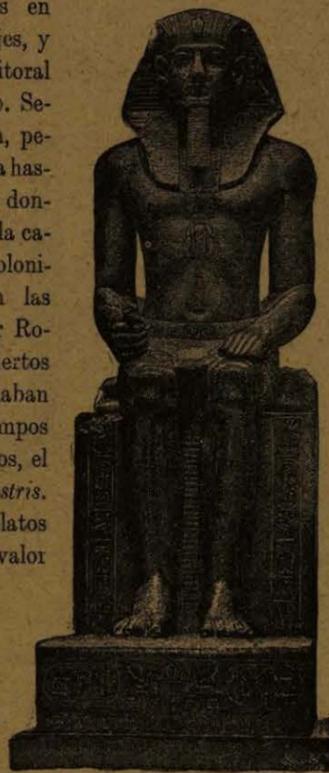
Estados y reivindicó su herencia real. La transformación del asociado, oscuro y casi desconocido, en Faraón amo de ambos mundos y temido de sus enemigos se verificó lenta y gradualmente, según se desarrollaba y acentuaba la valía personal de Ramsés. Envejecido y cansado Setui por las proezas de su juventud, le cedió poco á poco el poder, y acabó por esfumarse casi enteramente ante su hijo glorioso. Retirado en su palacio, acabó su vida rodeado de honores divinos. En su vejez, Setui era adorado, pero ya no reinaba.

Amenazó la paz súbitamente un peligro imprevisto. Los pueblos del Asia Menor habían estado hasta entonces fuera de la esfera de acción de Egipto. Los Shardana y los Tursha (tyrsenos) cuyos nombres sonaban extrañamente en oídos egipcios, desembarcaron en la costa egipcia y se aliaron con los libios. Ramsés II los derrotó. Los prisioneros fueron incorporados á la guardia real y los demás volvieron al Asia Menor, con tal recuerdo de su fracaso, que que-

dó Egipto libre de sus incursiones más de un siglo.

Restablecida la calma en el Norte, Ramsés se dirigió á Etiopía, donde ocupó los últimos años del reinado de su padre, en perseguir y saquear á las tribus de las riberas del Nilo Alto, logrando triunfos que la tradición griega exageró bastante. Según Herodoto, dirigió sus ejércitos contra los etíopes, los derrotó y les impuso tributos consistentes en ébano, oro y dientes de elefantes. Luego envió al Mar Rojo una escuadra de 400 barcos y fué el primer egipcio que armó buques de guerra. Esta escuadra se posesionó de las islas situadas en aquellos parajes, y de todo el litoral hasta el Indo. Según Estrabón, penetró en Africa hasta las regiones donde se produce la canela. Había colonizado también las costas del Mar Rojo, donde ciertos lugares se llamaban todavía en tiempos de los Tolomeos, el muro de Sesostris. Todos estos relatos carecen de valor real. Sesostris ó sea Ramsés nunca tuvo escuadras ni llegó al Indo. No hay probabilidades tampoco de que visitara los pueblos ribereños del Mar Rojo ni de que llegara al Océano de Africa. Se limitó á emprender contra las tribus del Nilo Alto algunas expediciones productivas y poco peligrosas.

Al saber la muerte de su padre, dejó á Etiopía Ramsés II y se coronó en Tebas. Estaba entonces en la edad madura y tenía bastantes hijos, algunos de suficiente edad para combatir á sus órdenes. Ninguna guerra importante perturbó los primeros años de su reinado, y sólo tenemos noticias de dos expediciones cortas á Siria. Los khati, fieles al tratado de amistad



Estatua de Ramsés II. (Museo de Berlín.)

firmado con Setui, no trataron de atizar la rebelión; los pueblos de Canaán, reprimidos por la presencia de guarniciones egipcias, no se movieron. Todo parecía tranquilo, cuando á fines del año IV, cambió repentinamente la situación. Mutalu, hijo de Murusar, y rey de Khati fué asesinado, sucediéndole su hermano Khatisar, que convocó á sus vasallos y aliados, y rompió con Egipto. El Nahatanna, Arad, y la Fenicia Septentrional, Kodshu y el país de Amaur, Kidi y el grupo compacto de los licios, se afiliaron á la coalición.

La esperanza de saquear, si no á Egipto, á lo menos las provincias egipcias de Siria, atrajo á todos los aventureros de la península, que acudieron de Ilión, Pedasos, Gergis, Milia y Licia, para unirse á los khati contra Sesostris. Lo que sabemos de la composición del ejército que Ramsés opuso á los confederados, bastará para demostrar la poca rapidez con que se movían los orientales. Aquel ejército, además de egipcios de raza indígena, contaba con libios, mashuashas, negros, mazines, shardanas, restos de la invasión rechazada victoriosamente años antes. El Faraón estableció su base de operaciones en la frontera de Egipto y del desierto árabe, en la ciudad que acababa de fundar con el nombre de Pa-Ramsés Anakhintu (ciudad de Ramsés, el muy valiente). Atravesó á Canaán, que le obedecía aún, se dirigió rápidamente á las comarcas septentrionales y sólo se detuvo en Shaffina, pueblo sirio al Sudoeste de Kodshu, y frente á ésta. Allí permaneció algunos días, estudiando el terreno y tratando de discernir la posición de los enemigos, de lo cual tenía datos vagos. En cambio, los aliados, bien enterados por sus espías, generalmente nómadas shasus, no ignoraban ningún movimiento suyo. El príncipe de Khati discurrió y ejecutó una maniobra hábil que puso á los egipcios en gran peligro, y sólo fracasó ante el valor personal de Ramsés.

Un día que éste se había alejado algo al Norte de Shabtuna se le acercaron dos beduinos que le dijeron que los jefes de las tribus reunidas con el príncipe de Khati querían servir al Faraón, y que el jefe de Khati estaba al Norte de la ciudad de Tunipa, adonde había retrocedido por miedo á Ramsés. Creyó el rey aquéllo, que era verosímil, y suponiendo alejado al enemigo se adelantó confiado y escoltado únicamente por su cuarto militar,

mientras el grueso de la fuerza le seguía á bastante distancia. Mientras dividía así sus fuerzas, los aliados se reunían secretamente al Noroeste de Kodshu y se preparaban á caer sobre los egipcios. Su número era considerable, como lo demuestra el hecho de que el día de la batalla, hubo jefe, como el príncipe de Khalupu, que mandaba él sólo 18.000 soldados escogidos. Además de una infantería bien disciplinada, contaban con dos mil quinientos carros, cada uno con tres hombres.

Los exploradores llevaron al cuartel general á dos espías que habían cogido. Entonces empezó á sospechar el rey, el cual mandó apalea á los prisioneros y consiguió de ellos que cantasen de plano. Confesaron haber sido destacados para vigilar las maniobras del ejército egipcio, y declararon que los aliados concentrados detrás de Kodshu,



Guerreros shardanas de la guardia de Ramsés II.

aguardaban para atacar una ocasión favorable. Ramsés reunió inmediatamente un consejo de guerra y expuso sin ambages la situación crítica en que se hallaban. Los generales se disculparon alegando la indolencia de los gobernadores de provincia que no se habían ocupado en reconocer diariamente la posición del enemigo y enviaron un mensajero al grueso del ejército para que viniera, si había tiempo, á socorrer al rey. Aún estaba reunido el consejo cuando se supo que el enemigo acentuaba su movimiento. El príncipe de Khati llevó rápidamente sus fuerzas al Sur de Nodshu (mientras el rey estaba ya al Norte de la ciudad), atropelló á la legión de Phra que estaba en el centro y cortó en dos pedazos la línea egipcia. El rey tuvo que atacar personalmente, al frente de su cuarto militar. Ocho veces seguidas se lanzó sobre los carros que le cercaban, rompió las filas, reunió sus batallones y sostuvo el asalto todo el día. Al anochecer, perdiendo los khati la ventaja que llevaban desde por la mañana, y se batieron en retirada antes los batallones del grueso del ejército, que por fin entraron en ac-

ción. La noche suspendió el ataque. El choque decisivo se verificó al día siguiente y los confederados fueron derrotados completamente. Garbatusa, escudero del Faraón, el general de la infantería y de los carros, el jefe de los eunucos y Khalepsuru, cronista oficial, quedaron en el campo de batalla. Varios cuerpos del ejército sirio, acorralados contra el Orontes, se arrojaron al río tratando de pasarlo á nado. Mizraim, hermano del príncipe de Khati, consiguió llegar á la otra orilla. Menos afortunado el jefe del país de Niza, se ahogó, y el príncipe de Khalupu fué sacado del agua medio muerto. Habrían perecido todos los vencidos seguramente, si una salida de la guarnición no hubiera detenido el avance de los egipcios, permitiendo á heridos y fugitivos refugiarse en Kodshu. Al día siguiente pidió y obtuvo una tregua el príncipe de Kati.

No acabó la guerra con este brillante triunfo. El país de Canaán y las provincias vecinas se sublevaron súbitamente á retaguardia del Faraón victorioso. Con ello recobraron ánimos los khatís, reparando sus fuerzas y rompiendo la tregua. Siria toda ardió desde el Eufrates al Nilo. La confederación rota en Kodshu no se reformó; y los pueblos del Asia Menor abandonaron la empresa, no volviendo á presentarse en la liza. No hubo más batallas grandes, sino una serie de acciones pequeñas y de sitios que duró quince años, rompiéndose las hostilidades tan pronto al Norte como al Sur. El año VIII estuvieron los egipcios en Galilea, junto á las murallas de Merom. El año XI fué tomada Ascalón á pesar de la resistencia heroica de los cananeos que allí habitaban. En otra campaña, el rey se dirigió al Norte, llegó cerca de Tunipa y se apoderó de dos ciudades del país de Khati donde encontró una estatua suya. La guerra duró así años y años, hasta que unos y otros rendidos por esfuerzos inútiles, depusieron las armas. Khatísaru pidió otra vez la paz al rey de Egipto, que se la concedió el año XXI.

Las condiciones de esta eran las mismas que



Ladrillo de barro del Nilo con el sello de Ramsés II.

las de los tratados firmados antes varias veces en tiempo de Ramsés I y de Setu I. Se estipuló que había paz y alianza eternas, y que se auxiliarían mutuamente, contra otros enemigos, el rey de Egipto y el príncipe de Khati. Luego había artículos especiales destinados á proteger el comercio y la industria de las naciones aliadas y á determinar mejor la acción de la justicia, para que todo criminal que tratara de eludir las leyes refugiándose en el país vecino, fuera entregado á los tribuna-

les de su nación, y todo fugitivo no criminal ú obrero que quisiera residir en el territorio vecino fuera enviado al suyo propio, aunque su expatriación no se calificara de delito. Igualdad y reciprocidad perfectas entre ambos pueblos, alianza ofensiva y defensiva, extradición de criminales y tráfugas eran las principales cláusulas del tratado, considerado como el monumento más antiguo de la ciencia diplomática.

Así acabaron las guerras de Ramsés II y por muy gloriosas que realmente fueran, la tradición no las juzgó suficientes. Según los historiadores griegos, Sesostris penetró hasta el centro del Asia, derrotando á sirios, medos, persas, bactrianos é indios, hasta tocar el Océano, y luego, regresando por los desiertos de Escitia, llegó al Tanais, dejando junto al Palus Maotides, cierto número de egipcios, cuyos descendientes poblaron luego la Cólchida. También dicen que llegó á Europa, pero que no pasó de Tracia, donde la falta de víveres y el rigor del clima detuvieron el vuelo de su ambición. Volvió á Egipto después de nueve años de victorias, dejando monumentos de sus triunfos por el camino.

Desde el año XXI hasta la muerte del rey, no volvió á turbarse la paz, y ambas partes

observaron lealmente las condiciones del tratado. Un casamiento apretó los vínculos amistosos que existían entre los dos soberanos. Ramsés se casó con la hija mayor de Khatísaru y á los pocos años invitó á su suegro á visitar el valle del Nilo. Khatísaru visitó el año XXXIII la ciudad de Ramsés y quizá la de Tebas. Vió Egipto, con asombro y reconocimiento, á sus enemigos más encarnizados convertirse en sus fieles amigos.

Gracias á tal tranquilidad pudo entregarse el rey á sus aficiones de constructor de monumentos, y según los historiadores griegos, mandó edificar un templo en cada ciudad á la divinidad principal de la población. Durante los sesenta y siete años de su reinado, pudo terminar lo que sus antecesores habían bosquejado, y llevar á cabo la obra de muchas generaciones. Puede asegurarse que no hay en Egipto ni en Nubia una ruina donde no se lea su nombre.

Las obras de utilidad pública consumieron no poco tiempo y dinero. Desde el año III se dedicó Ramsés á la explotación de las

minas de oro de Nubia y estableció en el camino del Nilo á Gebel-Ollaqui, una serie de estaciones provistas de cisternas y pozos. Más adelante limpió y completó la red de canales que surcaba el Bajo Egipto y restauró las murallas y los puertos fortificados que cerraban el istmo á los ataques de los beduinos.

Al oriente del Delta, fundó casi en la frontera, varias ciudades, la principal de las cuales fué llamada Ramsés Anakhuitis. Dedicaronle los poetas de aquel tiempo pomposas descripciones.

Los manuscritos que conservan las obras de los mejores autores de entonces, no llevan los nombres de éstos. El más conocido de estos manuscritos está consagrado á celebrar las haza-



Cabeza de la momia de Ramsés II.

ñas de Ramsés en la batalla de Nodshu y relata el auxilio que el dios Amón prestó al monarca egipcio, protegiéndole con su aparición en medio de la batalla.



Ramsés II en su carro de guerra.

CAPITULO VI

Las grandes emigraciones marítimas y la dinastía XX.

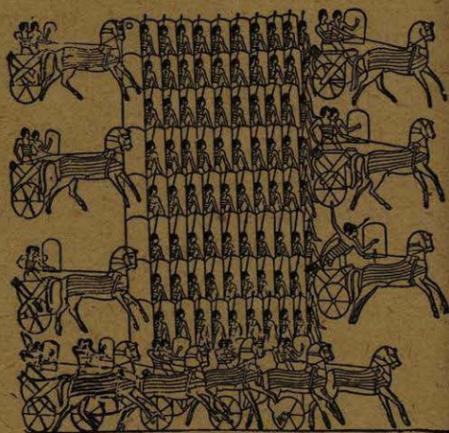
La colonización sidonia, el Asia Menor y el Kati. Las emigraciones de los pueblos del Asia Menor y el Exodo.—Ramsés III y la dinastía XX.— Los grandes sacerdotes de Amón.

Los fenicios eran el pueblo sirio que más se había aprovechado de la conquista egipcia. Colocados fuera del camino ordinario de los ejércitos, no habían sido molestados por éstos, ni por las peripecias de la lucha, como los demás pueblos de Canaán. El grupo del Norte, que abarcaba las ciudades de Arad y de Simyra, había sido muy rebelde al principio, y en tiempo de Thutmosis III se había asociado con los insurgentes de Rutoun, pero había sido castigado de tal modo, que perdió las ganas de volverlo á hacer. El grupo del centro y el del Sur, Yebel y Serut, Sidón y Tiro, se habían mostrado más resignados desde el tiempo de Thutmosis I hasta el de Ramsés II y con ello habían obtenido grandes ventajas. Sus marinos comerciaban en Egipto por cuenta de los extranjeros y en el extranjero por cuenta de Egipto. Sidón y Tiro, gracias á la paz, habían ampliado sus flotas, llegando á un grado altísimo de riqueza y actividad.

Los fenicios traficaban con el exterior por

mar y tierra á un tiempo, en caravanas y en buques. Todos los caminos que desde los principales mercados de Oriente, de Caldea, Arabia, Armenia y el Cáucaso, iban á Occidente, acababan en Sidón y en Tiro. Lo probable es que los fenicios en vez de buscar los productos en el país de origen, los recogieran de los depósitos intermedios de Asia Menor y Caldea. De todos modos habían avanzado lo más posible en las grandes vías de comercio, sembrando factorías en los puntos importantes. Lais, en las fuentes del Jordán, era una colonia sidonia. Hamathi, en el valle del Orontes, Thapraça, á orillas del Eufrates, Nisibis, junto á las fuentes del Tigris, se jactaban de su origen fenicio. Esas y otras muchas ciudades eran á modo de jalones plantados por los mercaderes de Sidón en el camino de sus caravanas, ó depósitos donde amontonaban los productos de las regiones cercanas para enviarlos oportunamente á sus almacenes del Líbano.

Pero aquellas ciudades no eran en realidad posesiones sidonias, sino mercados dependientes de los príncipes ó tribus cercanos, nunca de la metrópoli. El comercio marítimo con los pueblos mediterráneos originó en cambio un verdadero imperio colonial. El principio y los adelantos de los cruceros realizados, que convirtieron el Mediterráneo en mar fenicio, son casi desconocidos para nosotros. Los documentos que á ellos se referían ya no existen, ni las obras que con su



Llegada del ejército egipcio en socorro de Ramsés II en la batalla de Nodshu.

auxilio compusieron los escritores de la época greco-romana. Casi todo lo que sabemos tiene forma mítica. Contábase que Melkarth, el Hércules tirio, reunió un ejército y una escuadra para conquistar á Iberia, donde reinaba Kry-



1. Músicos egipcios. 2. Sacerdotisa egipcia. 3. Portador del cetro de los Faraones.—4. Una terraza del palacio faraónico. 5. Tipos etíopes.

Las E. Fernández. Genzato de Córdoba. 17. Madrid.

saor, hijo de Gerión. De paso sometió á Africa, llevando á éste la agricultura y construyendo la ciudad fabulosa de Hecatómpilos. Luego franqueó el estrecho al cual dió nombre, fortificó á Gades y venció á España. Después de haberse llevado los bueyes míticos de Gerión, volvió á Asia por la Galia, Italia, Cerdeña y Sicilia, y con esta epopeya de conquista se enlazaban mil tradiciones locales. Donde los fenicios habían puesto el pie, la grandeza y audacia de sus operaciones habían dejado indelebles recuerdos en la imaginación de los indígenas. Su nombre, sus dioses y la duración de su dominio pasaron al estado de leyendas, y gracias á éstas se ha podido adivinar en parte la historia perdida de sus descubrimientos.

Los biblitas debieron de ser los primeros en colonizar las costas cercanas. Pero Biblis era más bien un lugar de cita de peregrinos que una población comercial. Los sidonios llevaron más lejos sus exploraciones, y ocuparon á Chipre que, á juicio de los antiguos, no era inferior á ninguna de las islas del mundo conocido. Las colinas de Tamassos encerraban tanto cobre, que los romanos acostumbráronse á designar tal metal con el nombre de *cyprium*. No se sabe cómo se llamaban los primeros habitantes de la isla, ni á qué raza pertenecerían. Los documentos egipcios parece que dan á Chipre el nombre de Ais, pero en tiempo de la dinastía XVIII ya era Chipre tierra fenicia. Los reinos de Chipre que al principio estaban sometidos á la influencia de Biblis, no tardaron en obedecer á los de Sidón, y entonces recibieron colonos sidonios que garantizaron su fidelidad á la metrópoli y acabaron de convertir la isla en país semítico.

Al Sur no poseían los fenicios establecimientos duraderos. Tuvieron puertos fortificados en la costa meridional de Siria, en Dor, en Joppe, en el monte Casios, y en la frontera de Egipto. Más allá del monte Casios cesaba su poder. Se contentaron con tener en Tanis, en Bubaste, en Mendes, etc., depósitos sometidos á la vigilancia de la autoridad egipcia. Los almacenes que instalaron en Memfis se desarrollaron mucho y llegaron á constituir una verdadera ciudad. Desde Egipto avanzaron sus navíos sin grandes resultados al Oeste. Las costas inhospitables de la Marmárica comprimieron su extensión por esta parte durante siglos.

Los países del Norte ofrecían á los armadores vasto campo para ganancias y aventuras. Algo

más allá del Orontes empieza el Asia Menor, meseta compacta que surge de tres mares: el Mediterráneo, el Mar Egeo y el Ponto Euxino.

Todas las razas del mundo antiguo parece que se dieron cita en el Asia Menor. Al Norte había pueblos bárbaros, emparentados tal vez con los habitantes más antiguos de Media, Elam y Caldea; al pie del Cáucaso estaban los iberos; los kashki ó cólquidos, á las orillas del Caspio; y en la costa del Ponto Euxino los saspiros ó calibas, dedicados á la explotación del metal, y proveedores de estaño, cobre, hierro, oro y plata para la mayor parte de las naciones del mundo oriental. Más al Sur dominaban los mushki y los tabal, llamados meshekh y tubal por la Biblia. Los tabal, ocupaban la cuenca del Iris y tocaban al Mar Negro; los mushki estaban en las riberas del Eufrates superior y se extendían hasta el Halys. Una de las dos capitales de la Capadocia clásica había conservado su nombre de Mazaca; la otra, Kumaun ó Cumana, había sido fundada por ellos y les perteneció mucho tiempo. Se necesitaron siglos de lucha para despojarlos de su patrimonio y arrojarlos hacia el Cáucaso.

Más al Sur, en la masa del Tauros, estaban los khati y muchas tribus aliadas de ellos, algunas de origen semítico. Es probable que los semitas, en los primeros momentos de la invasión, no se limitaran á colonizar la Sina y las orillas del Eufrates, sino que se extendieran al Oeste en Cilicia y quizá hasta el Ponto Euxino y mar Egeo, aunque no hay prueba histórica de ello. Los mitos y la religión de estos pueblos son más semejantes á los mitos griegos que á la religión semítica. Se ha identificado á Lud, hijo de Sem, con los lidios, pero aunque esta asimilación fuera cierta, no demostraría el origen del pueblo. Si algunas tribus semíticas penetraron en Asia Menor, pronto fueron rechazadas, destruidas y absorbidas por el resto de los pobladores.

La península propiamente dicha, estaba, pues, en manos de una raza aria. El Helesponto y el Bósforo nunca han constituido una frontera etnográfica. Los dos continentes que bañan no son en aquel lugar más que las dos orillas de una misma cuenca, las dos vertientes del mismo valle, cuyo fondo cubren las aguas. Los pueblos que habían invadido la península de los Balkanes, colonizando á Tracia, salvaron los dos brazos de mar que los separaban de